

Benito Pérez Galdós
Marianela

Director de la colección
Fernando Carratalá

Benito Pérez
Galdós

Marianela

Edición de
Magdalena Aguinaga





es un sello propiedad de



Diputación, 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@castalia.es

Consulte nuestra página web:

<https://www.castalia.es>

<https://www.edhasa.es>

Edición original en Castalia: 2000

Primera edición: julio de 2011

Primera edición, quinta reimpresión: enero de 2024

© de la edición: Magdalena Aguinaga, 2000

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2011

Ilust. de cubierta: Egon Schiele: *Desnudo de muchacha con cabellos negros, de pie*
(1910, fragmento). Graphische Semmlung Albertina, Bordeaux.

Diseño gráfico: RQ

ISBN 978-84-9740-403-7

Depósito Legal B-2131-2012

Impreso en Liber Digital, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprógraficos, www.cedro.org), o entre en la web www.conlicencia.com.

Índice

Presentación

La época	9
Período literario	11
El autor	13
La novela galdosiana	15
<i>Marianela</i>	15

Benito Pérez Galdós:

<i>Marianela</i>	21
------------------------	----

Para saber más

Guía de lectura	253
Bibliografía	259
Nuestra edición	261
El editor	263

A Sara, Elena, Iván e Isaura



BENITO PÉREZ GALDÓS EN 1910
Y FIRMA AUTÓGRAFA.

B. Pérez Galdós

Presentación

La época

A la muerte de Fernando VII (1833) y tras una década de regencias, primero de María Cristina y más tarde del general Espartero, sube al trono Isabel II en 1843. Es un período de inseguridad e inconsistencia, agravadas por los intereses particulares y una sed de poder de la naciente burguesía que desea su seguridad y hegemonía. Ello, unido a una crisis de autoridad por parte de los gobernantes, va a traer como consecuencia una serie ininterrumpida de revoluciones y pronunciamientos militares que jalonan la vida política española de la segunda mitad del siglo XIX. Tras la década moderada (1844-1854), surge un movimiento revolucionario que marca el inicio de la Unión Liberal (1854-1868), y concluye con la revolución popular, llamada la *Gloriosa*, en septiembre de 1868, con la que se abre el sexenio revolucionario (1868-1874). En él se destrona a la reina Isabel II y, tras la posterior regencia de Serrano, es elegido rey Amadeo de Saboya en 1871, que abdica en 1873 y a continuación se instaura la I República, clausurada por el golpe del general Pavía el 2 de enero de 1874, quien temía

un recrudescimiento de la anarquía e hizo disolver las Cortes. Pero el 29 de diciembre del mismo año el General Martínez Campos da un nuevo pronunciamiento en Sagunto y se proclama la Monarquía en la figura de Alfonso XII, hijo de Isabel II, con el que comienza el período de la Restauración, cuyo artífice fue Antonio Cánovas del Castillo, quien inspiró la Constitución de 1876 proporcionando un régimen estable, cuyo sistema político se basaba en la alternancia de dos partidos: el conservador, liderado por Cánovas, y el liberal, por Sagasta. Este sistema se perpetuaba mediante elecciones falseadas cuyos eslabones eran el político situado en Madrid, el gobernador civil en la capital de provincia y el cacique en las zonas rurales, con la presión consiguiente sobre los electores. Por ello siempre ganaba las elecciones el partido que convocaba, gracias a la actuación de la oligarquía en el ámbito nacional y el caciquismo en el rural. No obstante, la Restauración trajo consigo una época de desarrollo económico y de prosperidad material, manifiesto en la introducción de la red de ferrocarriles, la industria, la banca, el fomento de la agricultura, la realización de obras públicas y el nacimiento de la técnica. España renace y las ideas liberales fraguaron con el positivismo europeo, que cifraba en la ciencia la solución a todos los problemas humanos. Pero a finales del siglo, la derrota militar ante Estados Unidos y la pérdida de las últimas colonias de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam traen consigo la tremenda crisis de la conciencia española, conocida como el desastre del 98, que se manifiesta sobre todo en los círculos intelectuales, pero de la que pronto se hacen eco todos los niveles de la sociedad, iniciándose una época regeneracionista (1902-1912). En ella se buscan soluciones para una renovación total de la vida española.

Período literario

Tres son los grandes movimientos que presiden el siglo XIX europeo y español: Romanticismo, Realismo y Naturalismo. La corriente literaria correspondiente a la época de la Restauración es el Realismo. Se trata de una literatura vinculada al desarrollo de la burguesía, por tanto reflejará su mentalidad y sus valores, con sus formas más prosaicas de vida y su revalorización de lo cotidiano. Por un lado, el Realismo desarrolla elementos románticos: el *costumbrismo*, el gusto por lo local y regional (la novela realista, por ejemplo, es una evolución del cuadro de costumbres); por otro, elimina algunas facetas anteriores como el subjetivismo, el uso exagerado de la imaginación o la evocación constante del pasado legendario. Esta nueva estética es desarrollada en España por un grupo de novelistas integrantes de la llamada Generación de 1868, a la que pertenecen José María de Pereda, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Clarín, Armando Palacio Valdés y, en menor medida, Pedro Antonio de Alarcón y Fernán Caballero, en quienes prevalece todavía la estética del Romanticismo. El Realismo está influido directamente por las corrientes de pensamiento de la época: el positivismo de Comte, el evolucionismo de Darwin, las leyes sobre la herencia de Mendel o el método experimental de Bernard.

Las características fundamentales del Realismo literario se muestran particularmente en la novela (género especialmente cultivado por los escritores realistas). Son las siguientes:

1. Verosimilitud como reproducción exacta de la realidad obtenida mediante el método descriptivo de la observa-

ción, influido por las ciencias experimentales; los escritores se documentan directamente o por medio de lecturas antes de iniciar sus relatos. Esta fidelidad descriptiva se aplica en dos direcciones fundamentales: los ambientes y la psicología. Las técnicas de observación y descripción minuciosa de los objetos, la importancia concedida al vestido, mobiliario, arquitectura etc., son un medio de recreación del ambiente sociológico de los personajes. La pintura de caracteres da origen a la novela psicológica, en la que se analizan los temperamentos y motivaciones de los personajes.

2. Los temas principales son los que preocupan a la mentalidad burguesa: el poder, la influencia social, la situación política, el dinero, etcétera.
3. Estos aspectos temáticos y técnicos van acompañados de una intención social. Se intentan descubrir las lacras sociales con una actitud crítica y contribuir a su eliminación. De ahí que se hable de un arte útil.
4. En cuanto a la técnica narrativa, el autor adopta una actitud de cronista, que explica la presencia de un narrador omnisciente («un sujeto perfectamente enterado de todo», según Valera).
5. Se evita la retórica grandilocuente de los románticos, prefiriendo una prosa sobria, que da entrada a las hablas regionales y populares.
6. Los personajes, extraídos en su mayor parte de la gran cantera de la clase media, reflejan los cambios políticos y las tensiones sociales, pero también aparecen los tipos populares, herencia del costumbrismo romántico.

El Realismo español de los años 1870 y 1880 supera la etapa de la llamada novela de tesis o de tendencia, gracias a los nuevos planteamientos estéticos y técnicas narrativas del Naturalismo francés.

El autor

Benito Pérez Galdós nació en Las Palmas de Gran Canaria el 10 de mayo de 1843, en el seno de una familia acomodada con miembros pertenecientes a la milicia y al clero. En su tierra natal permanece hasta los 19 años. Muestra especial inclinación por el dibujo y la pintura. Estaba dotado de gran memoria por lo que asimilaba con rapidez cuanto leía. En 1862 fue a estudiar Derecho a Madrid, ciudad en la que transcurriría el resto de su vida y de la que llegaría a ser su más ávido y profundo observador. Reflejó las estructuras sociales del momento, sobre todo la clase media en el ambiente urbano madrileño y ahondó en sus realidades políticas y sociales a través de sus personajes. Su obra constituye una verdadera crónica del siglo XIX español. Inicia su colaboración en el diario *La Nación* de Buenos Aires en 1865, en el que publicó su traducción de *Las aventuras de Pickwick*, primera versión al español de la célebre novela de Dickens, autor que ejercerá gran influencia en su obra. En 1867 y 1868 hace dos viajes a París donde descubre a los escritores franceses, particularmente a Balzac, cuya *Comedia humana* le inspirará sus famosos *Episodios nacionales*, distribuidos en cinco series de cuarenta y seis libros, escritos a lo largo de su trayectoria vital. Publica su primera novela, *La fontana de oro*, en 1870. Viaja entre 1880 y 1890 por Portugal, Alemania, Bélgica, Inglaterra, Holanda, Italia, además de España en sus diferentes regiones.

Estos viajes por el extranjero le ponen en contacto con la realidad que tanto le interesa y que será el telón de fondo de su novelística. Completa dicha información con la documentación en archivos, pero lo que más le interesa es el «archivo viviente» de sus contemporáneos, de las conversaciones que escucha en los lugares que recorre. Su producción alcanza la cima en la década 1885-1895. Interviene en política como diputado liberal por el partido de Sagasta entre los años 1886-1890. A partir de 1890, se advierte en su producción un cierto giro hacia el idealismo y una mayor inquietud por la temática espiritual. Pasa apuros económicos, a pesar de su fama como novelista. Prueba fortuna en el teatro a partir de 1892, aunque más que obras originales son adaptaciones de sus propias novelas. Entre ellas, hay comedias y dramas. En 1897 ingresa en la Real Academia, con un discurso titulado «La sociedad presente como materia novelable». Marcelino Menéndez Pelayo, gran amigo suyo, fue el encargado de contestar a su discurso. A partir de 1898 sus ideas políticas se radicalizan, por lo que le fue negado el apoyo de la Academia en 1905 para presentar su candidatura al premio Nobel, concedido a Echegaray. Casi arruinado inicia la tercera serie de sus *Episodios Nacionales* en 1898. Resurge su afición como dramaturgo, escenificando algunas de sus novelas, como la realizada con *Realidad* en 1891, *Doña Perfecta* en 1896, *El abuelo* en 1904. Sin embargo su mayor éxito teatral lo obtuvo en 1901 con *Electra*. Figura como diputado republicano en 1907 y 1910. Sus ideas antimonárquicas van acompañadas de un espíritu cada vez más tolerante: admiró al político conservador Cánovas, simpatizó con Alfonso XIII y mantuvo siempre su amistad con Menéndez Pelayo y Pereda. Sus últimos años fueron tristes: acosado por penurias económicas y rivalidades políticas, muere ciego en Madrid el 4 de enero de 1920.

La novela galdosiana

Las primeras novelas son las que compuso entre 1867 y 1880, tales como *La fontana de oro* (escrita entre 1867-68, publicada en 1870), *El audaz* (1871) y la primera serie de los *Episodios Nacionales* (1873-75). Se trata de novelas históricas situadas en la España del primer cuarto de siglo; siguen las llamadas novelas de tesis, con un maniqueísmo algo primario: *Doña Perfecta* (1876), *Gloria* (1877) y *La familia de León Roch* (1878). Aunque *Marianela* (1878) es de esta época, no comparte la intransigencia y el fanatismo de las anteriores. Galdós denominó «novelas españolas contemporáneas» a las que publicó entre 1881 y 1915, tales como *La desheredada* (1881), *Tormento* y *La de Bringas* (1884), *Fortunata y Jacinta* (1886-1887), *Miau* (1888), las cuatro novelas sobre *Torquemada* (1889 y 1895), y, por último, las novelas de la etapa espiritualista, entre las que destacan *Ángel Guerra* (1890), *Nazarín* y *Halma* (1895), *Misericordia* (1897), y *El abuelo* (1897), llevada recientemente al cine por José Luis Garci.

Marianela

Marianela, novela dividida en veintidós breves capítulos, con títulos que ilustran el contenido que tratarán, nos cuenta la trágica vida de la joven Nela, huérfana de quince años, pobre, fea y deforme, enamorada de Pablo, de familia adinerada, hermoso joven de diecinueve años, dotado de todas las perfecciones posibles, pero ciego. Estas dos criaturas se perfeccionan mutuamente. Pablo ve con los ojos de Marianela y ésta se siente hermosa en el mundo interior de Pablo. La novela está

contada en tercera persona por un narrador omnisciente, que posee un perfecto conocimiento de los hechos que está relatando. Penetra en los pensamientos de los personajes, y también da sus opiniones, interroga y responde. Incluso interpreta o ironiza en sus comentarios.

Hay dos temas predominantes en la novela: el idilio amoroso entre Pablo y Marianela y una problemática social de dos clases sociales en contacto: el mundo del proletariado y la actitud de los ricos ante la miseria. Y un tercer tema que engloba a los otros dos: el egoísmo y la falta de caridad de la sociedad. Los personajes pertenecen a dos mundos diversos: Centeno, Señana, Sofía, don Manuel Penáguilas, Pablo y Florentina forman un grupo; otro lo constituye don Carlos Golfín frente a don Francisco Penáguilas y Marianela pasa de un medio a otro. Los personajes secundarios están bien trazados y sirven para acusar los contrastes y como contrapeso de los principales.

La pintura de caracteres se completa con la pintura de ambientes en que transcurre la historia: el espacio idealizado (el *locus amoenus* del capítulo séptimo), el espacio físico o geográfico, que corresponde a la descripción de paisajes mineros del Norte de España, concretamente de la zona de Cantabria, el espacio socio-económico y cultural que se refiere a las clases sociales, trabajos, medios económicos y grados de cultura representados en la novela.

La acción narrativa transcurre en unos doce días, pero junto al tiempo cronológico hay un tiempo psicológico, vivido morosamente en la conciencia de los personajes principales, en los largos y amorosos paseos de amo y lazarillo, hasta que finalmente se precipita tras la curación de Pablo. El lenguaje es sencillo, con algunas expresiones vulgares, o tics característicos de algunos personajes a modo de caracterización, como

las muletillas «Adelante, siempre adelante» de Teodoro Golffín o «¡Córcholis!» y «¡Mía tú» de Celipín o la repetición de la última frase de Manuel Penáguilas. Abundan las personificaciones, metáforas, comparaciones, que ponen de manifiesto una voluntad de estilo por parte del autor y su deseo de armonizar la realidad observada con el ideal, al que toda obra artística aspira. Su estilo es a veces culto en boca del narrador, con exceso de repeticiones, a veces coloquial en los diálogos de los personajes, otras popular y siempre lírico, aunque encierre una intención docente al denunciar el problema social de la miseria. De ahí el final trágico de la novela que corrobora dicha denuncia. El autor canario escribe con fluidez, teniendo como objetivos la eficacia, la naturalidad y la funcionalidad, pero no la facilidad, la espontaneidad ni la improvisación.

Marianela



ILUSTRACIÓN: CASPAR DAVID FRIEDRICH:
FIGURA FEMENINA SOBRE UNA MONTAÑA.

1 Perdido

Se puso el sol. Tras el breve crepúsculo vino tranquila y oscura la noche, en cuyo negro seno murieron poco a poco los últimos rumores de la tierra soñolienta, y el viajero siguió adelante en su camino, apresurando su paso a medida que avanzaba el de la noche. Iba por angosta vereda, de esas que sobre el césped traza el constante pisar de hombres y brutos, y subía sin cansancio por un cerro, en cuyas vertientes se alzaban pintorescos grupos de guinderos, hayas y robles. (Ya se ve que estamos en el Norte de España.)

Era un hombre de mediana edad, de complexión recia, de buena talla, ancho de espaldas, resuelto de ademanes, firme de andadura, basto de facciones, de mirar osado y vivo, ligero a pesar de su regular obesidad, y (dígame de una vez, aunque sea prematuro) excelente persona por doquiera que se le mirara. Vestía el traje propio de los señores acomodados que viajan en verano, con el redondo sombrero que debe a su fealdad el nombre de hongo; gemelos de campo pendientes de una correa, y grueso bastón que, entre paso y paso, le servía para apa-

lear a las zarzas cuando extendían sus ramas llenas de afiladas uñas para atraparle la ropa.¹

Detúvose, y mirando a todo el círculo del horizonte, parecía impaciente y desasosegado. Sin duda no tenía gran confianza en la exactitud de su itinerario, y aguardaba el paso de algún aldeano que le diese buenos informes topográficos para llegar pronto y derechamente a su destino.

«No puedo equivocarme —murmuró—. Me dijeron que atravesara el río por la pasadera... Así lo hice. Después, que marchara adelante, siempre adelante. En efecto, allá, detrás de mí queda esa apreciable villa, a quien yo llamaría *Villafangosa*² por el buen surtido de lodos que hay en sus calles y caminos... De modo que por aquí, adelante, siempre adelante... (me gusta esta frase, y si yo tuviera escudo no le pondría otra divisa) he de llegar a las famosas minas de Socartes.»

Después de andar largo trecho, añadió:

«Me he perdido, no hay duda de que me he perdido... Aquí tienes, Teodoro Golfín, el resultado de tu *adelante, siempre adelante*... Estos palurdos no conocen el valor de las palabras. O han querido burlarse de ti, o ellos mismos ignoran dónde están las minas de Socartes. Un gran

¹ Obsérvese que tras la descripción del paisaje viene el retrato del personaje, método característico de la novela realista. La atención al detalle lleva a la captación de los rasgos particulares, con una adjetivación típicamente cervantina: adjetivo seguido de un sintagma nominal. ² Denominación irónica de Villamojada, lograda a través de una metonimia cuya relación explica el narrador. Un nombre similar, Villahorrenda, aparece en una novela anterior de Galdós, *Doña Perfecta* (1876), por lo que apreciamos un recurso estilístico muy grato a su autor: la ironía. Villamojada junto con otros que se mencionan más adelante: Socartes, Aldeacorba y Ficóbriga constituyen la topografía donde se ambienta la historia.

establecimiento minero ha de anunciarse con edificios, chimeneas, ruido de arrastres, resoplido de hornos, relincho de caballos, trepidación de máquinas, y yo no veo, ni huelo, ni oigo nada... Parece que estoy en un desierto... ¡Qué soledad! Si yo creyera en brujas, pensaría que mi destino me proporcionaba esta noche el honor de ser presentado a ellas... ¡Demonio!, ¿pero no hay gente en estos lugares?... Aún falta media hora para la salida de la luna. ¡Ah, bribona,³ tú tienes la culpa de mi extravío!... Si al menos pudiera conocer el sitio donde me encuentro... ¡Pero qué más da! —al decir esto hizo un gesto propio del hombre esforzado que desprecia los peligros—. Golfín, tú que has dado la vuelta al mundo, ¿te acobardarás ahora?... ¡Ah!, los aldeanos tenían razón: adelante, siempre adelante. La ley universal de la locomoción no puede fallar en este momento.»

Y puesta denodadamente en ejecución aquella osada ley, recorrió un kilómetro, siguiendo a capricho las veredas que le salían al paso y se cruzaban y quebraban en ángulos mil, cual si quisiesen engañarle y confundirle más.

Por grande que fuera su resolución e intrepidez, al fin tuvo que pararse. Las veredas, que al principio subían, luego empezaron a bajar, enlazándose; y al fin bajaron tanto, que nuestro viajero hallóse en un talud,⁴ por el cual sólo había podido descender echándose a rodar.

«¡Bonita situación! —exclamó, sonriendo y buscando en su buen humor lenitivo⁵ a la enojosa contrariedad—. ¿En dónde estás, querido Golfín? Esto parece un abismo.

³ Calificativo del registro familiar y además está personificado por referirse a la luna. ⁴ *talud*: inclinación del paramento de un muro o de un terreno.

⁵ *lenitivo*: medio para mitigar los sufrimientos del ánimo.

¿Ves algo allá abajo? Nada, absolutamente nada...; pero el césped ha desaparecido, el terreno está removido. Todo es aquí pedruscos y tierra sin vegetación, teñida por el óxido de hierro... Sin duda estoy en las minas...; pero ni alma viviente, ni chimeneas humeantes, ni ruido, ni un tren que murmure⁶ a lo lejos, ni siquiera un perro que ladre... ¿Qué haré? Hay por aquí una vereda que vuelve a subir. ¿Seguiréla? ¿Desandaré lo andado?... ¡Retroceder! ¡Qué absurdo! O yo dejo de ser quien soy, o llegaré esta noche a las famosas minas de Socartes y abrazaré a mi querido hermano. Adelante, siempre adelante.»

Dio un paso, y hundióse en la frágil tierra movediza.

«¿Esas tenemos, señor planeta?... ¿Conque quiere usted tragarme?... Si ese holgazán⁷ satélite quisiera alumbrar un poco, ya nos veríamos las caras usted y yo... Y a fe que por aquí abajo no hemos de ir a ningún paraíso. Parece esto el cráter de un volcán apagado... Hay que andar suavemente por tan delicioso precipicio. ¿Qué es esto? ¡Ah!, una piedra; magnífico asiento para echar un cigarro esperando a que salga la luna.»

El discreto Golfín se sentó tan tranquilamente, como podría haberlo hecho en el banco de un paseo; y ya se disponía a fumar, cuando sintió una voz... Sí, indudablemente era una voz humana que lejos sonaba, un quejido patético, mejor dicho, melancólico canto, formado de una sola frase, cuya última cadencia se prolongaba apiándose en la forma que los músicos llamaban *morendo*,⁸

⁶ La personificación es un recurso muy frecuente en la novela, como veremos más adelante. ⁷ Nuevos ejemplos de personificación de la naturaleza. ⁸ Italianismo que significa *muriendo*, palabra usada en las partituras musicales para indicar que debe debilitarse paulatinamente el sonido.

y que se apagaba al fin en el plácido silencio de la noche, sin que el oído pudiera apreciar su vibración postrera.

«Vamos —dijo el viajero, lleno de gozo—, humanidad tenemos. Ese es el canto de una muchacha; sí, es voz de mujer, y voz preciosísima. Me gusta la música popular de este país... Ahora calla... Oigamos, que pronto ha de volver a empezar... Ya, ya suena otra vez. ¡Qué voz tan bella, qué melodía tan conmovedora! Creeríase que sale de las profundidades de la tierra y que el señor de Golfín, el hombre más serio y menos supersticioso del mundo, va a andar en tratos ahora con los silfos, ondinas, gnomos, hadas⁹ y toda la chusma emparentada con la loca de la casa...¹⁰ Pero si no me engaña el oído, la voz se aleja... La graciosa cantora se va... ¡Eh, muchacha, aguarda, detén el paso!»

La voz que durante breve rato había regalado con encantadora música el oído del hombre extraviado se iba perdiendo en la inmensidad tenebrosa, y a los gritos de Golfín el canto extinguióse por completo. Sin duda la misteriosa entidad gnómica que entretenía su soledad subterránea cantando tristes amores se había asustado de la brusca interrupción del hombre, huyendo a las más hondas entrañas de la tierra, donde mo-

⁹ Son seres pobladores de un mundo fantástico: los silfos son espíritus elementales del aire según los cabalistas; las ondinas, del agua; los gnomos, genios de la tierra que con figura de enanos guardaban o trabajaban los venenos de las minas y las hadas con figura de mujer tenían el don de adivinar el futuro gracias a su poder mágico. ¹⁰ *la loca de la casa*: así llamó Santa Teresa de Jesús (1515-1582) a la imaginación errónea o negativa y de este modo se la designa vulgarmente. El filósofo francés Nicolás de Malebranche (1638-1715), en sus *Investigaciones sobre la verdad*, recogió la frase en francés, *la folle du logis*.

ran, avaras de sus propios fulgores, las piedras preciosas.

«Esta es una situación divina —murmuró Golfín, considerando que no podía hacer mejor cosa que dar lumbre a su cigarro—. No hay mal que cien años dure.¹¹ Aguardemos fumando. Me he lucido con querer venir solo y a pie a las minas de Socartes. Mi equipaje habrá llegado primero, lo que prueba de un modo irrefutable las ventajas del *adelante, siempre adelante*.»

Movióse entonces ligero vientecillo, y Teodoro creyó sentir pasos lejanos en el fondo de aquel desconocido o supuesto abismo que ante sí tenía. Puso atención, y no tardó en adquirir la certeza de que alguien andaba por allí. Levantándose, gritó:

—Muchacha, hombre, o quienquiera que seas, ¿se puede ir por aquí a las minas de Socartes?

No había concluido, cuando oyóse el violento ladrar de un perro, y después una voz de hombre, que dijo:

—¡*Choto, Choto*, ven aquí!

—¡Eh! —gritó el viajero—. ¡Buen amigo, muchacho de todos los demonios, o lo que quiera que seas, sujeta pronto ese perro, que yo soy hombre de paz!

—¡*Choto, Choto*!

Golfín vio que se le acercaba un perro negro y grande; mas el animal, después de gruñir junto a él, retrocedió llamado por su amo. En tal punto y momento el viajero pudo distinguir una figura, un hombre que, inmóvil y

¹¹ Refrán español: «No hay mal que cien años dure, ni bien que a ellos ature» y su variante «No hay bien ni mal que cien años dure, ... ni cuerpo que lo resista».

sin expresión, cual muñeco de piedra, estaba en pie a distancia como de diez varas más abajo de él, en una vereda transversal que aparecía irregularmente trazada por todo lo largo del talud. Este sendero y la humana figura, detenida en él, llamaron vivamente la atención de Golfín, que, dirigiendo gozosa mirada al cielo, exclamó:

—¡Gracias a Dios! Al fin salió esa loca. Ya podemos saber dónde estamos. No sospechaba yo que tan cerca de mí existiera esta senda. ¡Pero si es un camino!... ¡Hola, amiguito!, ¿puede usted decirme si estoy en las minas de Socartes?

—Sí, señor: estas son las minas de Socartes, aunque estamos un poco lejos del establecimiento.

La voz que esto decía era juvenil y agradable, y resonaba con las simpáticas inflexiones que indican una disposición a prestar servicios con buena voluntad y cortesía. Mucho gustó al doctor oírla, y más aún observar la dulce claridad que, difundiendo por los espacios antes oscuros, hacía revivir cielo y tierra, cual si se los sacara de la nada.

—*Fiat lux*¹² —dijo, descendiendo—. Me parece que acabo de salir del caos primitivo. Ya estamos en la realidad... Bien, amiguito: doy a usted las gracias por las noticias que me ha dado y las que aún ha de darme... Salí de Villamojada¹³ al ponerse el sol. Dijéronme que adelante, siempre adelante...

¹² Versión latina del *Génesis* (I,3): «Hágase la luz»; son las palabras que la *Biblia* pone en boca de Dios al crearla. En el primer día de la creación la luz quedó separada de las tinieblas. ¹³ Aldea imaginaria; en una novela ante-

—¿Va usted al establecimiento? —preguntó el misterioso joven, permaneciendo inmóvil y rígido, sin mirar al doctor, que ya estaba cerca.

—Sí, señor; pero sin duda equivoqué el camino.

—Esta no es la entrada de las minas. La entrada es por la pasadera de Rabagones, donde está el camino y el ferrocarril en construcción. Por allá hubiera usted llegado en diez minutos al establecimiento. Por aquí tardaremos más, porque hay bastante distancia y muy mal camino. Estamos en la última zona de explotación, y hemos de atravesar algunas galerías y túneles, bajar escaleras, pasar trincheras, remontar taludes, descender el plano inclinado; en fin, recorrer todas las minas de Socartes desde un extremo, que es éste, hasta el otro extremo, donde están los talleres, los hornos, las máquinas, el laboratorio y las oficinas.

—Pues a fe mía que ha sido floja mi equivocación —dijo Golfín, riendo.

—Yo le guiaré a usted con mucho gusto, porque conozco estos sitios perfectamente.

Golfín, hundiendo sus pies en la tierra, resbalando aquí y bailoteando más allá, tocó al fin el benéfico suelo de la vereda, y su primera acción fue examinar al bondadoso joven. Breve rato estuvo el doctor dominado por la sorpresa.

—Usted... —murmuró.

rrior de Galdós titulada *Gloria* (1876-77) se menciona este lugar, como la estación de ferrocarril más próxima a Ficóbriga y también reaparece en *La de San Quintín* (1894) y Villahorrenda en *Doña Perfecta* (1876) a la que aludimos en la nota 2. Galdós podría haber compuesto su nombre sobre un topónimo frecuente en el norte de España: Villaseca.

—Soy ciego, sí, señor —añadió el joven—; pero sin vista sé recorrer de un cabo a otro las minas de Socartes. El palo que uso me impide tropezar, y *Choto* me acompaña, cuando no lo hace la Nela, que es mi lazarillo.¹⁴ Conque sígame usted y déjese llevar.

¹⁴ Procede del protagonista y narrador de la novela *Vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* (1554), quien siendo adolescente servía de guía a un ciego. De ahí que se haya incorporado al lenguaje común como persona o animal que guía y acompaña a otra necesitada de ayuda.